

de la Alemania; á esta revolucion llamada á inocular el gérmen de la duda religiosa en la sociedad europea; á esta gangrena fatal como la llama Balmes, que empezó á cundir y á desarrollarse con rapidez, presentando síntomas terribles y alarmantes, y que abrió el camino para que, con asombro del mundo, la indiferencia religiosa pudiera erigirse en sistema y la impiedad en moda. ¡ Sistema funesto que tantos daños ha causado á las modernas sociedades! Reproduciremos en un capítulo lo que dijimos acerca de los primeros tiempos de Lutero en la segunda de las obras citadas, y despues recorreremos el vasto campo que se presenta á nuestra vista.

## CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento y primeros tiempos de Lutero.

Martin Lutero que tantos dias de amargura ha dado á la Iglesia de Jesucristo, nació en 1483 en el condado de Mansfeld en la Sajonia. Algun autor fija la fecha de su venida al mundo en el 10 de noviembre; pero es lo cierto que ni aun la misma madre que dió á luz este monstruo de iniquidad recordaba con certeza el dia fijo de este acontecimiento. Lo que parece más cierto es que fué bautizado el 11 de noviembre en la iglesia parroquial de San Pedro, y como quiera que en aquel dia se celebraba la fiesta de san Martin, le dieron á este santo por patrono.

Fueron los padres de Lutero, Juan Hans y Margarita Lindemann, naturales el primero de Mahra, y la segunda de Bisleben. Martin cambió su apellido en el de Luder; mas como quiera que esta palabra en aleman significa *corrupcion*, así en sentido fisico como moral, lo sustituyó más tarde por el de Lutero que se supone sea lo mismo que Lo-

tario. Hallábanse sus padres reducidos á la mayor pobreza; pero á fuerza de una gran constancia en el trabajo pudo Juan reunir una pequeña fortuna. Ambos cónyuges profesaban la religion católica, apostólica, romana que habia sido la de todos sus antepasados. Así, pues, educaron á Martin conforme á las máximas del catolicismo.

En su misma patria estudió las primeras letras, y como manifestase deseos de dedicarse á las ciencias, sus padres le enviaron á Magdeburgo, donde siendo muy escasos los recursos que podia recibir de su casa se vió en la precision de salir á mendigar dos veces por semana. Una mujer compadecida de la miseria del jóven le regaló una guitarra, con la cual se acompañaba las coplas que cantaba para sacar limosnas. A pesar de estos ardidés, los habitantes de Magdeburgo se mostraron poco caritativos con él, por lo cual se marchó á Eisenach donde una viuda le recogió.

En 1501 Martin acudió con objeto de dedicarse á los estudios á la universidad de Erfurt, donde sin tanta miseria pudo llevar á cabo su objeto, merced á algunos recursos con que por aquella época logró favorecerle su padre. En 1503 fué recibido bachiller, y dos años despues se graduó de maestro en artes. Desde el principio de su carrera empezó á brillar entre sus condiscipulos por su raro talento y privilegiado ingenio. Bien pronto empezó á enseñar explicando la fisica y las *Morales* de Aristóteles, dedicándose al mismo tiempo al estudio del Derecho.

Los encomiadores de Lutero le atribuyen una juventud exenta de hábitos viciosos, lo que debe por lo ménos ponerse en duda si se atiende al modo como se explicaba más tarde

al hablar de los votos monásticos, pues sabido es que llegó á asegurar que el de continencia era tan imposible de cumplir como despojarse una persona de su propio sexo, lo que induce á creer que nunca la guardó. Al llegar á los veinte años se hallaba muy quebrantado de salud, lo que unos atribuyen á la causa que dejamos indicada y otros al exceso del estudio.

Es innegable que por aquella época Lutero manifestaba muy poca piedad y ni aun habia dado á conocer vocacion al estado eclesiástico. Sin embargo, un suceso inesperado tanto como terrible le hizo entrar dentro de sí, variar de conducta y decidirse á abrazar la vida monástica. El amigo de su mayor confianza, Alejo, cayó á sus piés herido mortalmente por un rayo. Aquel suceso le llenó de espanto, creyó ver en él un aviso de Dios que le llamaba á la enmienda de costumbres, y formó la resolucion que acabamos de indicar. Sin consultar con persona alguna se dirigió al convento de los ermitaños de san Agustin, donde pidió y obtuvo la gracia de ser admitido como novicio.

A través de aquella vida de oracion y de mortificacion, Lutero dejaba conocer de sus superiores un carácter voluntarioso y altanero. Sabido es que los novicios deben sujetarse á muchas y duras pruebas. Martin encontraba dificultades que pretendia ocultar con una fingida humildad. Repugnancia hubo por lo tanto en concederle la profesion; pero al fin, tales fueron las influencias de la universidad de Wittemberg, que se le admitió á los votos monásticos asi como á las órdenes sagradas en 1507.

Al tomar el hábito religioso, Martin Lutero recibió el nombre de hermano Agustin. Amante de la sabiduria, se

dedicó con asiduidad el estudio de la Escritura Santa, de las obras de san Agustín y los teólogos escolásticos, y trabajaba por penetrar todo el espíritu de las de santo Tomás de Aquino. Manifestaba una predilección extraordinaria por las del santo obispo de Hipona que había leído tantas veces que casi las sabía de memoria (1).

Experimentaba Lutero por esta época grandes inquietudes de conciencia; el terror que le había hecho abrazar la vida monástica no se apartaba de él. Un día consultó acerca de estas inquietudes con un personaje anciano del convento de Erfurt, el cual le consoló, y recomendándole la fé le recordó este artículo del Símbolo: *Creo en la remisión de los pecados*. Según este artículo, añadió, es menester creer en general que los pecados son perdonados á algunos como á David y á Pedro; pero Dios quiere que cada uno de nosotros crea que sus pecados le son perdonados.—«Esta explicación, decía Lutero á Melancton, no solamente me consoló, sino que me hizo comprender todo el pensamiento de san Pablo que no cesa de decir: *Nosotros somos justificados por la fé. Yo reconozco que nada valen las interpretaciones ordinarias* (2).»

Aquí podemos ya entrever la gran tempestad que más adelante había de levantarse en el alma de Lutero. Con actos de fé no puede el hombre justificarse. Verdad es que san Pablo dice que somos justificados por la fé, pero ¿podía ignorar Lutero que tanto consuelo encontraba con aquella sentencia de los libros santos, que en ellos hay otra que dice que *la*

(1) Welch, t. xiv, pág. 509.

(2) *Ibid.*, pág. 508.

*fé sin obras es muerta*? El mismo san Pablo se explica bien claramente sobre este punto diciendo: *Si hablase lengua de Angeles y de hombres y no tuviese caridad, soy como metal que suena ó campana que retiñe. Si estuviese en profecía, y conociese todos los misterios y todas las ciencias: y si tuviese tanta fé que con ella trasladase los montes de una á otra parte, y no tuviese caridad, nada soy. Y si distribuyese entre los pobres todo cuanto poseo y entregase mi cuerpo á las llamas, si no tuviese caridad, nada tengo, nada me aprovechará* (1).

«Los placeres sensuales, dice un erudito escritor, nuestro amigo, historiando la vida del heresiarca, engendran la melancolía, que siempre dominara en el corazón de Lutero, aun antes que por un esfuerzo indecible alcanzase sacudir completamente el suave yugo de la religión verdadera. De aquí que no hallase dificultad en descender á ciertas aplicaciones doctrinales de la fé, que después debían constituir algún tanto la base de sus acaloradas predicaciones y de muchos de sus errores. La justificación por la fé, la justificación gratuita, independientemente de la acción de las buenas obras, eran ideas á las que simuladamente procuraba asirse en aquellas tempestades del alma: ellas éranle sobrado gratas y apetecibles sobre la práctica de la verdadera humildad, indispensable para la ingenua y compungida confesión sacramental de los pecados, con la que el delincuente puede llegar á saludar las serenas regiones de la paz y del gozo interior.

»Y era difícil que los monjes sus hermanos, á través del

(1) 1 Cor., xiii, 1-3.

celo que mostraba en ponderar las excelencias de la fé, pudiesen en la morada pacífica del convento entrever en sus explicaciones el gérmen de una doctrina, poco tiempo después digna de los anatemas de la Iglesia.

»Siempre es difícil prever la tempestad que va á hacer bambolear los edificios y arrancar los árboles seculares, si poco antes ocultan sus furioses un cielo ligeramente nublado y un mar ligeramente movido.

«La hipocresía se adelanta al ojo más previsor del que trata de estudiar los indicios de las grandes tempestades y de las mayores catástrofes en el órden moral (1).»

El demonio de la soberbia se había introducido en el corazón de Lutero. Este era objeto de grandes y entusiastas aplausos. En la universidad era respetado como un sabio, y hasta el mismo monarca, informado de los grandes talentos que resplandecían en el monje agustino, hablaba de él con respeto. La universidad de Wittemberg, recientemente creada por Federico de Sajonia, condecoró á Lutero con la borla de doctor y le concedió una cátedra en aquel centro del saber humano.

Empero no vamos á considerar todavía á Lutero como profesor ni como predicador: antes debemos seguirle en su viaje á Roma. Ante todo preguntaremos: ¿había fé en Lutero en esta época de su vida? Todo induce á creer lo contrario. Su espíritu, siempre inquieto, quería y no quería seguir por el camino del bien. Hubo para él un momento en que pensó en la justicia de Dios y en los castigos de la vida futura. El desastroso fin de su amigo Alejo le hizo pensar

(1) Dr. D. Antonio Vergés y Mirassó, *Lutero y el Protestantismo*, cap. I.

en la eternidad y le impulsó á abrazar la vida monacal. Pero no se supo aprovechar de aquella gracia externa, de aquel aviso de la Providencia que le puso en camino de haber llegado á la santidad. Es verdad que la gracia se aumenta progresivamente en proporción á la correspondencia, y Lutero no supo corresponder á aquel soberano auxilio. Si hubiera correspondido, ¡cuántos días de gloria hubiese dado á la Iglesia! Dotado de superiores luces, elocuente para la predicación, fácil en el argüir, constituido defensor de la buena causa, adalid de la pura doctrina del Evangelio, hoy su nombre estaría continuado con gloria en la lista de los célebres apologistas de la religión. La humildad hubiera hecho de Lutero un ángel: la soberbia le convirtió en demonio.

El vicario general de la órden agustiniana debía arreglar en Roma algunos asuntos referentes á la órden, y eligió á Lutero para que fuese á evacuarlos en la ciudad eterna.

Aquel viaje debió llenar de alegría á un monje católico, pues le proporcionaba la dicha de postrarse ante los sepulcros de los apóstoles, de visitar lugares para siempre venerandos, tales como el Coliseo regado con la sangre de mil víctimas cristianas que la vertieron gustosísimas en defensa de Jesucristo y de su doctrina, la cárcel donde el ángel del Señor rompió las cadenas que aprisionaban al primer vicario de Jesucristo, el lugar donde fué decapitado san Pablo, y otros mil que sería prolijo enumerar. Un viaje hecho desde Alemania á Roma era en extremo fatigoso en aquella época, en la que aun no se conocían los rápidos medios de comunicación que se deben á los adelantos del siglo XIX,

siglo misterioso que ha sabido adelantar y retroceder al mismo tiempo; que ha adelantado en descubrimientos científicos, y que miserablemente ha ido retrocediendo en la fé salvadora separándose de Dios.

Lutero partía á Roma, pero no con la alegría que experimenta el que se dirige á su patria, pues Roma es la verdadera patria de todos los católicos, sino triste, melancólico como él mismo confiesa. ¿Dónde, pues, estaba la fé del monje? Hijo y sacerdote de la Iglesia católica, ¿no iba á ver á su padre, al jefe supremo de su religion, al sucesor de aquel á quien dijo Jesucristo: *Lo que ates en la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares en la tierra, desatado será en el cielo?* Para el corazon católico Roma tiene tantos encantos cuales no pueden encontrarse en ningun otro pueblo del mundo. Nosotros hemos penetrado en aquella metrópoli del catolicismo con los ojos humedecidos por lágrimas de ternura, y la hemos abandonado con profundos suspiros. Allí no hemos echado de ménos nuestra patria, por la razon que antes hemos insinuado, á saber: porque como católicos consideramos aquella ciudad como la verdadera patria. Iguales sentimientos habrán experimentado muchos de nuestros lectores que hayan tenido la dicha de contemplar la corriente del majestuoso Tiber.

Lutero afirma que una vez en Roma se disiparon las ilusiones que habia formado en su ardiente fantasía. De un carácter sarcástico, encontraba motivo para su sátira en la misma devocion de los habitantes de aquel privilegiado pais. Sabido es que en muchas ciudades de Italia, y principalmente en Roma, se encuentran en las fachadas de las

casas nichos con imágenes de la Virgen santísima ó de algun santo. Esto da una idea del carácter piadoso de sus habitantes. Tambien esto fué objeto de bromas raquíticas que tan mal sentaban en el que vestía el hábito religioso.

Sus primeras impresiones en la monumental ciudad fueron gratas; pero esto duró un solo momento, pues que bien presto su corazon apareció frio ante tantas reliquias, ante tan bellisimos monumentos elevados á la gloria de Dios por la fé cristiana, ante los majestuosos é imponentes espectáculos que á cada paso pueden contemplarse en la corte de los soberanos pontífices. Nada fué suficiente á vivificar aquel espíritu que ya se hallaba al borde del fatal abismo en que habia de precipitarse.

Lo hemos dicho en nuestra *Historia del Concilio Vaticano*, y lo repetimos ahora: el que á vista de los monumentos de Roma, de sus insignes reliquias, de las obras prodigiosas de Miguel Ángel y de Rafael, no se siente conmovido, es porque no tiene corazon; es porque no es católico, y si lo es, es indigno de tal nombre. Una prueba de esta verdad la tenemos en Lutero: quedó frio, indiferente en Roma, y no tardó en apostatar de las filas católicas haciéndose jefe de secta. La humildad acerca al Vaticano, al paso que la soberbia aleja de él.

El monje agustino regresó de Roma, no con la satisfaccion que acompaña al peregrino que, despues de haber atravesado inmensas distancias apoyado en un tábulo, ha orado ante los sepulcros de los apóstoles; no limpio de sus anteriores faltas y purificado en aquella moderna piscina donde pueden curarse todas las enfermedades del alma, sino

con mayores agitaciones que las que le habían acompañado á su salida de Alemania. Al mismo tiempo que físicamente se iba apartando del Vaticano, moralmente se separaba paso á paso de san Pedro.

¿Concebía ya en su mente al salir de Roma la funesta idea que luego llevó á cabo de separarse de la unidad católica, haciendo traicion á sus creencias, y rompiendo los sagrados vínculos que le unían con la Iglesia? Sigamos el hilo de su historia, y veremos que todo nos induce á creerlo así.

Dijimos algo más arriba que el doctor Lutero había sido nombrado profesor de la Universidad de Wittemberg. Todo contribuía á que el nuevo maestro viese diariamente en torno de su cátedra lo más florido de la juventud alemana, que permanecía como colgada de los labios del elocuente profesor, que era colmado de aplausos. Él por su parte no desperdiciaba ocasión de zaherir á otros varones insignes que le habían precedido en la enseñanza. Llegó á enamorarse de sí mismo, se creyó el hombre más sabio de su tiempo, y como no fundó su sabiduría en el temor de Dios, sino en la vanidad mundana, caminó á pasos agigantados á su perdición. Por la misma época fué nombrado predicador por el obispo de la diócesis.

Si halagado se vió en la cátedra, fueron aun mucho más entusiastas los aplausos que conquistó en sus primeros sermones. Sus auditorios eran numerosísimos: á escucharle acudían todos los hombres de ciencia, no faltando los jóvenes estudiantes que siempre creían tener algo que aprender del famoso maestro y predicador. Elocuente en el decir, fácil

en desenvolver los conceptos, y con una voz hermosa, cautivaba á cuantos le escuchaban: pero no era el predicador que se dirige al corazón para ganar almas, sino al entendimiento para ganar fama y nombradía. Por tal camino lejos de anunciar á Jesucristo crucificado, se anunciaba á sí mismo; lejos de buscar gloria para Dios, buscaba gloria propia.

Veámosle nuevamente en la cátedra, y le observaremos preparar poco á poco el terreno donde había de erigir el funesto edificio de la desdichada Reforma. Sus primeros ataques, aunque indirectos, fueron al sol de la teología, al incomparable santo Tomás de Aquino. Sabido es que en la *Suma teológica* domina la filosofía aristotélica. Pues bien, Lutero tomó por punto de partida burlarse del filósofo griego, haciendo de Aristóteles el objeto de sus diatribas y bufonadas, que excitaban la risa de sus numerosos discípulos. Hé aquí lo que acerca de esto escribió el barón Henrion en su *Historia general de la Iglesia* (1): «Quería dominar, tiranizaba hasta las opiniones, y trataba con ultraje y con brutalidad á todos los que se atrevían á contradecirle, sin respetar los títulos más sagrados y augustos. Finalmente era incapaz de retractar lo que una vez había sentado.

»En cuanto á su exterior, tenía una fuerza de cuerpo que igualmente sostenía el trabajo y el placer, un temperamento bilioso y prodigiosamente irascible, la vista penetrante y encendida, la voz extraordinariamente fuerte y agradable al mismo tiempo, el aspecto fiero, intrépido y altivo, lo que sabía ocultar bajo una apariencia de modestia

(1) Lib. LVIII, tom. v.

y de mortificación cuando lo juzgaba más á propósito á sus fines que el tono imperioso; pero siendo mucho más violento que hipócrita, hacia pocas veces el último papel.»

Tal es el retrato que de Lutero hace el escritor antes citado, del cual no se diferencia al ménos ventajosamente para Lutero el que encontramos en otros muchos historiadores. Henrion añade aun estas palabras: «Reconocemos además que su disolución consistió mucho más en los principios que en las costumbres. Mientras permaneció en el claustro, su vida pasó por bastante regular; y al revés de lo que comunmente sucede, el entendimiento corrompió su corazón.» Al reproducir nosotros este juicio del citado escritor en nuestra *Historia general de la Iglesia*, añadimos como juicio propio: «No nos decidiremos á resolver á ciencia cierta si el entendimiento corrompió el corazón de Lutero, como dice Henrion, ó si por el contrario, el corazón corrompió su entendimiento. Bien pudo mientras permaneció en el claustro haber sostenido vicios sabiéndolos ocultar con el velo de la hipocresía, así como más tarde rompiendo con toda clase de respetos humanos se entregó violando todos sus votos monacales y con el mayor desenfreno á las más vergonzosas pasiones (1).»

Los hombres experimentados que saben conocer el corazón humano, debían ya comprender que Lutero iba por mal camino. Veíanle que no admitía contestación á los argumentos que presentaba, que insultaba á cualquiera que pretendía hacerle una observación, y que todo en él manifestaba un carácter de independencia, un orgullo que decía

(1) En nuestra obra citada arriba, t. iv, pág. 150.

muy mal con el estado de humildad que profesaba; pero sin embargo, nada había dicho todavía contra la fé católica, nada había hecho que demostrara estar mal avenido con sus votos monacales, y solo se le criticaba de dejarse llevar por la fogosidad de un genio que no sabía dominar. Por esto sus superiores no dejaron de encomendarle algunos asuntos de importancia. En ausencia del propietario, quedó Lutero constituido visitador de todos los conventos de la provincia, con los más amplios poderes, pues según refiere el historiador Audin, podía degradar á todos cuantos esparciesen el escándalo entre sus hermanos... él que estaba destinado para escandalizar al mundo entero.

No podía encomendarse al futuro *reformador* un cargo que fuese más de su agrado: dejando tomar fomento al orgullo, á la pasión de *independencia* que siempre le había dominado, usó de su autoridad, variando superiores á su gusto, colocando como jefe del convento de Erfurt á Juan Lange, que más tarde imitó á su protector rompiendo los votos monásticos.